

Ignacio D. Arellano-Torres,
Realismo, fantasía y alegoría.
Viaje y espacio en la literatura
del Siglo de Oro, Madrid / Frankfurt
am Main, Iberoamericana /
Vervuert, 2025, 202 pp.
ISBN: 978-84-9192-484-5

Juan Manuel Escudero Baztán

<https://orcid.org/0000-0003-0089-2785>

Universidad de La Rioja

Teatro Español desde la Modernidad Temprana (TEMT)

ESPAÑA

juan-manuel.escudero@unirioja.es

[*Hipogrifo*, (issn: 2328-1308), 13.2, 2025, pp. 725-728]

Recibido: 29-07-2025 / Aceptado: 19-08-2025

DOI: <http://dx.doi.org/10.13035/H.2025.13.02.48>

Mucho se ha escrito y se escribirá sobre el viaje como tema y estructura literaria. En esa bibliografía que no hace ahora al caso repasar, este libro de Ignacio D. Arellano-Torres supone una aportación de extraordinario valor en su análisis del motivo del viaje en los amplios territorios de la literatura aurisecular, centrados —en una elección sagazmente determinada— en cuatro obras fundamentales que permiten asediar el fenómeno en variantes extraordinariamente significativas: la novela picaresca inicial (*Lazarillo* y secuelas), el *Estebanillo González*, un pícaro bufón de amplios vuelos, el *Persiles* —novela bizantina en la que la peregrinación es el hilo conductor de todos los sucesos— y el *Criticón* —otro modelo de viaje alegórico en este caso—.

La misma selección de los textos permite inferir la profundidad y las implicaciones de cualquier análisis que parte de semejantes obras, todas ellas hitos fundamentales de la literatura del Siglo de Oro, y de dimensiones que asombran, tanto en su altura estética como en las preocupaciones morales, sociales e históricas que plantean.

El libro de Arellano-Torres aborda múltiples cuestiones desde el dominio de un bagaje teórico que acumula la sabiduría filológica más precisa con aproximaciones de la teoría posmoderna filtradas por su utilidad y precisión, lejos de logomaquias y retóricas perogrullescas, y representa una muy valiosa contribución al tema que nos ocupa.

El itinerario —valga la metáfora que corresponde al tema— arranca con unas consideraciones teóricas sobre la función del tiempo, el espacio, y el desplazamiento en el relato, desplazamiento no solo de los personajes, sino que implica también al narrador y a los lectores, pues, como señala el estudioso, «La lectura exige un esfuerzo cognoscitivo por parte del lector, dispuesto, él también, a embarcarse en una odisea literaria» (p. 9). Afirmación que no refleja una obviedad, sino que se constituye en tanto más certera en el contexto de la literatura del Siglo de Oro —especialmente a la altura del siglo XVII, en que la doctrina literaria de la dificultad, expresada de modo arquetípico por Gracián, autor de una de las novelas analizadas aquí, alcanza su culmen—, y que además implica el convencimiento de que frente a ciertas teorías de la «otredad», que predicán la incognoscibilidad del «otro», es posible alcanzar diversos grados de conocimiento y niveles de interpretación de cualquier obra, por más compleja que sea, como son las estudiadas en estas páginas.

El capítulo primero se dedica al «Viaje en los Lazarillos. De la picaresca a la fantasía» (pp. 17-71), arrancando con el modelo picaresco, que se continuará en el segundo capítulo. Lázaro de Tormes, como bien señala Arellano-Torres (p. 14, *et passim*) no puede «asentarse en una comunidad ordenada, salvo mediante la admisión de su infamia y aceptación de la propia calidad marginal», lo que le lleva a un vagabundeo, que en su caso se mantiene dentro de límites locales. De la riqueza de matices de la peregrinación lazarillesca da fe, sin embargo, de esta limitación geográfica, el demorado y admirable análisis que ofrece Arellano-Torres de episodios como el del toro de piedra, con el paso ritual del puente, espacio de tránsito, que el estudioso observa desde perspectivas múltiples y enriquecedoras, etnográficas, sociológicas, míticas y literarias, en las que destaca el papel impulsor de la violencia en el universo del pícaro.

De las aventuras «realistas» del primer Lázaro se extiende a las aventuras fantásticas del Lazarillo en el mundo marino de los atunes o en las escenas grotescas de la continuación de Luna.

La picaresca final, representada en la compleja novela de Estebanillo, permite a Arellano-Torres confrontar un manejo de los espacios y una expansión del viaje, que se abre a toda la Europa en conflicto por la que transita este pícaro bufón, observado en el capítulo 2 «De lo local a lo internacional: Estebanillo González, pícaro, bufón, viajero» (pp. 73-111). La inserción de Estebanillo en el universo social y del poder refleja «una frontera múltiple, a caballo entre la novela de aventuras, la autobiografía soldadesca, el género picaresco y el relato de viajes» (p. 73). Es evidente que el Estebanillo, en su misma extensión, permite explorar las estructuras del poder social y el papel de un marginal incorporado parcialmente al sistema a través del papel del bufón, bien analizado por Arellano-Torres, en línea con aportaciones

de críticos como Victoriano Roncero. La vertiginosa sucesión de desplazamientos representa para el pícaro bufón una especie de novela de aprendizaje, contrafigura del itinerario moralizante que Arellano-Torres analizará en el capítulo dedicado al *Criticón*. Pero antes de llegar a esa obra maestra de la alegoría barroca, el capítulo 3 se ocupa de otro hito nuclear, en «De la alegoría a la aventura. Persiles y Sigismunda» (pp. 113-155). Si los pícaros plantean sobre todo arduas cuestiones sociales en torno a la jerarquización de los espacios y las funciones del viaje —fugas, búsquedas, guaridas, engaños...— el *Persiles* viene planteando en la crítica dos posturas fundamentales: quienes ven en el itinerario aventurero de los naufragios, islas misteriosas, mares tormentosos y otros espacios múltiples una obra esencialmente de entretenimiento, y quienes leen la novela como un proceso espiritual, alegoría religiosa que culmina en la llegada a Roma, cabeza de la Iglesia, en el marco de la llamada Contrarreforma. Arellano-Torres, con muy buen acuerdo, no limita su mirada a una única perspectiva, relativizando con *sindéresis* el asunto de la alegoría cervantina. Quizá hubiera sido más significativo invertir el título de este capítulo —por otra parte, de admirable precisión e inteligencia lectora y crítica— y llamarlo «De la aventura a la alegoría», porque la aventura está clara y la alegoría en duda. Donde la alegoría toma papel protagonista es en la última obra analizada, el denso *Criticón* de Gracián («De esta vida a la inmortalidad. El viaje alegórico en el *Criticón*», pp. 157-192). Si todo el libro manifiesta una competencia poco común, tanto en el rigor de los análisis y aplicaciones teóricas como en el estilo expositivo —cuya densidad no estorba la claridad de una redacción sin duda meditada y que no renuncia a la elaboración estética—, el capítulo dedicado al *Criticón* destaca especialmente, quizá por la misma riqueza dificultosa del texto que constituye un reto mayor para el crítico. Aquí Arellano-Torres ofrece un recorrido excepcionalmente agudo de las tormentas, naufragios, motivos del *bivium*, del teatro del mundo, el papel de los vicios y virtudes, los peligros del viaje y los espacios de perdición o de refugio en este «camino que habla de la condición del ser humano, del aprendizaje y de la moral» (p. 157). El *Criticón* cierra un círculo amplio de itinerarios —itinerarios circulares en sí mismos— que había empezado con Lázaro: «esta obra dialoga con otras novelas del Siglo de Oro español en relación con la premisa de la circularidad asociada al viaje del héroe. En la picaresca Lazarillo y Estebanillo mantienen una linealidad aparente, que les lleva de un punto A a un punto B en el que ocupan, según sus propias perspectivas o sus propias palabras, una categoría superior en términos de progreso social y económico. En el *Persiles* la circularidad del héroe se transfiere al ámbito amoroso y religioso, ya que en Roma se completa la unión de dos mitades de una misma alma, como desenlace equivalente al motivo mítico del regreso al hogar. En el *Criticón*, sin embargo, la linealidad acaba en un difuso e indefinido espacio: la inmortalidad. Es decir, este viaje hace explícito a través de la alegoría lo que los referentes clásicos conseguían a través de los épicos relatos del retorno del héroe» (pp. 157-158).

En conjunto este volumen de la Biblioteca Áurea Hispánica (Iberoamericana / Vervuert) contribuye de manera sobresaliente a la bibliografía sobre las dimensiones y significados del viaje, la función esencial de los espacios, los modelos de desplazamientos físicos, morales, alegóricos y literarios, en una muy atinada selección

de obras que constituyen todas ellas jalones capitales de la literatura del Siglo de Oro, obras maestras que han permitido a un estudioso tan perceptivo y competente como Arellano-Torres una valiosa aproximación que resultará, sin duda, imprescindible para los interesados en el motivo del viaje y para los interesados en general en el trazado de los cronotopos y rutas de la literatura aurisecular. Felicitaciones al autor y a la editorial, que continúa edificando la colección más notable de estudios sobre el Siglo de Oro en la actualidad crítica.